

# ***BIBLIOGRAFICAS***

## UN ACERCAMIENTO A LA "HISTORIA GENERAL DE AMÉRICA"

Por GUILLERMO MORÓN\*

Por mucha discusión que haya entre los políticos, los intelectuales de la más diversa naturaleza, en los medios de comunicación, en las reuniones de historiadores y de novelistas, un hecho queda incólume: América fue descubierta por Cristóbal Colón (1451-1506) el 12 de octubre de 1492. Detrás de ese acontecimiento histórico se encuentra la España de los Reyes Católicos, Don Fernando (1452-1516) y Doña Isabel (1451-1504), creadores del Estado español con su enlace de 1469 y la política que llevaron a cabo para darle cuerpo a aquella Nación, a aquella Monarquía fundada sobre pueblos distintos en sus procesos políticos y culturales, pero juntos por la tierra, por usos y costumbres, y reunidos por la mano conquistadora. Porque la conquista de América es una prolongación de la larga conquista de Castilla y de Aragón en la propia península ibérica; la Corona de Castilla conquista al resto de España antes de conquistar a América. La expulsión de los moros y de los judíos, el mismo año del descubrimiento de América, forma parte de aquel proceso conquistador y descubridor. La exterminación de parte de los pueblos indígenas está en la línea de liquidación de los árabes, con quienes se está en guerra, y de la expulsión de los judíos, con quienes se entra en guerra religiosa para imponer una sola fe, la que viene a América en las carabelas, la Católica, Apostólica y Romana.

España descubre América, Europa descubre a América, por la sencilla razón de haber tomado la iniciativa. Es un fenómeno de historia, en todos los sentidos: político, cultural, económico y social. No fueron los indígenas americanos quienes enviaron sus barcos para llegar a Cipango y a las Molucas por el Oriente. Se habrían tropezado con Europa y con África. Ninguna de las culturas americanas había alcanzado ese nivel científico, tecnológico y técnico, aunque hubieran desarrollado otras potencialidades, como en efecto lo hicieron mayas, aztecas, incas y demás culturas nucleares del continente.

Así, pues, lo importante y complejo del descubrimiento de América, y de su consecuente conquista y colonización por los europeos, es cómo ha evolucionado

---

\* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón letra "P".

desde 1492 hasta este preciso momento de 1992, quinientos años de hechura histórica, de creación de cultura y de civilización.

El novelista Miguel Otero Silva (1908-1985) se preparaba para escribir otra novela de las suyas en la cual una expedición maya, azteca o inca se lanzaría al Atlántico en busca de riquezas, de tierras nuevas (aunque tenían muchas aún por conquistar sin salir de la inmensa tierra propia) y de ganas de someter a otras gentes; esa hipotética expedición llegaría a España y se metería, a través de la península, en toda Europa para imponer sus lenguas, sus dioses, sus maneras de ser, incluida la concepción imperial. Pero se murió Miguel prematuramente después de publicar *La piedra que era Cristo*, piedra final de su arte de novelar, sin tiempo ya para esa otra posible pieza literaria de su mucho ingenio. Habría sido una novela, una ficción, no una historia como esta historia real de América. En la novela trabaja la imaginación. En la historia trabaja el raciocinio, la realidad real.

La historia no es una utopía, aunque el hombre ande siempre detrás de una, como ideal de perfección, como anhelo para vida mejor. Inmediatamente después del descubrimiento comienza la búsqueda de las utopías, algunas de las cuales —o todas ellas— se convierten en sal y agua, esto es, en realidades. La concepción de Colón acerca del Paraíso, cuando sus naves se detienen en el Golfo de Paria, primero frente a la desembocadura del Orinoco que endulza las aguas del mar, y luego a la orilla de la tierra firme, en lo que es hoy Macuro y debe confirmarse como Puerto Colón, el 3 de agosto de 1498, es una primera utopía, el mito del Paraíso Terrenal, de la Tierra de Gracia.

«Después de describir las diversas costas, aguas, corrientes y bocas situadas entre la isla de Trinidad y la costa oriental de Cumaná, y de establecer algunas teorías de orden cosmográfico, el primer almirante señala la presencia de algunas pruebas que le permiten sospechar en el «paraíso terrenal», que va a situar de inmediato. Todo este proceso se encuentra en su *Carta a los Reyes*, escrita desde la isla de Santo Domingo, inmediatamente después de su tercer viaje. El proceso psicológico del mito tiene lugar después del día 1º de agosto de ese año de 1498 y antes del 13, cuando sale del golfo por las bocas del Norte, boca del Drago. El 1º, «vido al Sur la tierra firme»; el 3, «vido y descubrió a Paria»; lunes 13, «en saliendo la luna», sale del golfo y llega al cabo de la Playa, «que es el de Paria»; «así que salió, lunes 13 de agosto, del golfo y de la boca del Drago peligrosa». Pero sólo consignará, de manera expresa, su convicción en la mencionada carta. Aunque ya lo había expuesto en su diario del primer viaje, el 21 de febrero de 1493, cerca de las Azores, cuando anota: «Bien dijeron los sacros teólogos y sabios filósofos que el Paraíso terrenal está al fin del Oriente, porque es lugar temperadísimo; así que aquellas tierras que agora había descubierto es el fin de Oriente». Pero la comprobación no la encuentra sino en un tercer viaje, cuando ya tiene elementos suficientes para referirlo positivamente.

La situación del «paraíso» se señala en las tierras que están detrás, hacia el Occidente, de la costa del golfo, siguiendo la corriente del río Guarapiche, que fue visto y sentido por el almirante, aunque las corrientes del Orinoco fueron percibidas en parte, como aquella de los caños más cercano al golfo. En realidad perci-

bió las fuerzas de las aguas de los caños de Pedernales y Mánamo, e igualmente del río Guarapiche, y por ellas se impresionó para su conjetura de los ríos. La tradición, basada en los autores antiguos, la fija en el Oriente, según lo expresa el mismo descubridor. Con base en la Escritura Sagrada, apunta la circunstancia de que el Paraíso fue hecho por Dios en algún lugar con señales especiales: el «árbol de la vida», una «fuente» y los cuatro ríos clásicos. Estos elementos bien pueden identificarse al descubrir el lugar donde se encuentra, entre el 1º y el 13 de agosto. Las corrientes le hacen pensar en los ríos, y se explica su fuerza por provenir de un sitio común y elevado (mi *Historia de Venezuela*, t. I, pp. 63-64).

Detrás de esa primera utopía vinieron las otras, que la realidad desplazaba una y otra vez: El Dorado, la Fuente de la Eterna Juventud, el «buen salvaje», la comunidad justa, la república de Dios, todas ellas con la consecuente presencia de la historia que llega desde los remotos tiempos europeos, desde Grecia y desde Roma, y no sólo desde la carga reciente de la llamada Edad Media. El conquistador español del siglo XVI es mitad medieval mitad renacentista.

Ahora bien, en 1992 la perspectiva del descubrimiento tendría que ser la de una realidad real, una observación de historiador, no la de un constructor de mitos y de utopías. Porque los mitos y utopías pueden tener —y las tienen— sus bases en el pasado. Las amazonas no están en el Amazonas, sino en la mitología griega. La Tierra de Gracia no está en Paria, sino en el Génesis, en el Antiguo Testamento, que a su vez está enraizado en tradiciones muy diversas, egipcias, helenas y persas, por ejemplo. El mito y la utopía es una prospección, una búsqueda de futuro. Ahora las utopías americanas se llaman igualdad social, la felicidad del ciudadano, la tecnología, el desarrollo. ¿Qué ha ocurrido históricamente en América entre 1492 y 1992? Parece que una respuesta sensata a esa pregunta es lo importante frente a la conmemoración del medio milenio, de los quinientos años del descubrimiento. Para buscar una posible respuesta no es necesario ocultar los hechos, ni disimular desafueros, ni esconderse en eufemismos. Decir que el descubrimiento fue un encuentro entre dos culturas no es ni siquiera un eufemismo, sino una ridiculez. ¿Cuáles dos culturas? En el continente americano había, según la cuenta de antropólogos, arqueólogos, etnólogos, lingüistas y demás investigadores, no menos de tres mil culturas diferentes; solamente en Venezuela se han estudiado más de treinta, de las cuales aún subsisten unas veintisiete etnias, con sus nichos ecológicos, sus lenguas y demás señales propias de sus diversas culturas. Y en Europa, una cultura común no se ha logrado ni ahora, con el Mercado Común Europeo, con la Comunidad Europea, que es una construcción económica y política, todavía no una sola cultura. Los *españoles* del siglo XVI eran diversos en su propia tierra, como lo vuelven a ser hoy con las Autonomías: castellanos, catalanes, gallegos, vascos. Naturalmente que ellos, nuestros antepasados europeos —españoles, portugueses, ingleses, franceses y otros— sí tenían una *civilización* común, que se ha caracterizado con el nombre de «occidental y cristiana», aunque hubiera judíos y moros de por medio.

Hablar del encuentro de dos mundos, para tratar de disimular y edulcorar el proceso de la conquista y de lo que un español españolísimo —conquistador y misionero, práctico hombre de negocios políticos y teórico intelectual—, como

tue y es Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566) llamó «la destrucción de las Indias», puede servir para aupar unas Relaciones Públicas teñidas de la natural inmediatez de esos servicios, pero no para entender todo el asunto ni para colaborar con un planteamiento verdadero de las relaciones entre Europa y América, y menos aún entre España e Hispano-América, ni entre Portugal y el Brasil, ni entre Francia y las Antillas. Es la historia, con sus realidades, la que puede servir para una mejor comprensión de cuanto ha ocurrido y una dilucidación de las relaciones de hoy y de mañana.

En estos quinientos años de historia americana el desarrollo civilizador, los procesos generales y particulares de la cultura, en la historia política, en la historia económica, en la historia social y en la específica historia cultural abarcadora de toda la historia, se producen fenómenos diferentes y diferenciados, como los que hubo antes del descubrimiento; unos pueblos más poderosos que otros, unas culturas nucleares y unas culturas no nucleares sino nucleadas. El imperio de los incas, el imperio de los mayas, el imperio de los aztecas; así mismo el imperio español de tres siglos, el imperio norteamericano de hoy, el imperio del Brasil de ayer, fueron y son las nuevas culturas nucleares, cada una en su momento. Desarrollos desiguales, de diversa estructura y naturaleza, de niveles escalonados. Pero la presencia y vigencia de esta América de quinientos años, sustituto de la anterior de culturas indígenas, tiene una fisonomía sin la cual no existe ninguna otra historia, para bien o para mal, es decir, como siempre en la humanidad para bien y para mal. La historia no es buena ni mala. La filosofía puede establecer esas valoraciones. La historia ocurre y es así como interesa descubrirla.

¿En qué se parecen los pueblos americanos con quinientos años de edad? ¿Cuáles son las semejanzas entre Anglo-América, Hispano-América, el Brasil y el Caribe? Seguramente sería más fácil percibir y describir las diferencias. La designación más bien geográfica que histórica, más bien económica que cultural, más bien política que antropológica, de América Latina para abarcar todo el espacio desde la difícil frontera norte de México hasta las usurpadas islas Malvinas, sirve un propósito contemporáneo de relaciones internacionales: oponer a los Estados Unidos de América una fuerza relativa de carácter histórico. Toda la acción política desastrosa y desastrosa del siglo XIX y todo el pensamiento teórico, aún sin concreción, del siglo XX, está dirigido a darle base a una posible América Latina frente al arrollador crecimiento de esa específica Norteamérica, excluido ciertamente el Canadá. América Latina es tan diversa como las culturas indígenas no nucleares. Lo que une a los pueblos latinoamericanos son las carencias.

Una visión superficial, desde el mirador del desarrollo económico, señalaría fácilmente en el mapa de América sólo dos realidades históricas: una sola cultura nuclear, Norteamérica, Angloamérica, los Estados Unidos de América, The Americans, América la de Washington y Nueva York, en cuyo ámbito se pondría, de bola a bola, el Canadá. Allí está el desarrollo, allí está la ciencia, la tecnología, la técnica, el dinero y el poder. El resto del continente, tierras y aguas, sería una mancha amarilla: esta América Latina, sin unidad, sin concierto, tierra de marginales, donde todo es posible, incluido el cólera cada vez que revienta la epidemia en alguna parte del mundo. América Latina sería, en esa visión superficial, pero

utilizada en los centros de poder universal como cierta, la zona de las culturas no nucleares. Así vería el Incanato a Suramérica, desde Machu Pichu: una cultura de poder y las selvas, islas, montes y valles, los caribes formaban culturas no nucleares.

A lo largo del tiempo y desde el primer día del descubrimiento, se ha intentado una visión histórica de lo que ha ocurrido. Toda visión histórica occidental forma parte de la tradición, desde Hecateo de Mileto (h. 500 a. C.), el primer historiador sistemático de la cultura griega, y de su continuador Herodoto (490-420 a. C.), quienes enseñaron a dejar constancia del pasado. Cristóbal Colón forma parte de esa tradición doble, histórica y geográfica, ya que ambas disciplinas fueron fundamentales para comprender el horizonte de las civilizaciones. Así, la historiografía del descubrimiento de América se encuentra, en primer lugar, en las *Cartas* del almirante y en su *Diario*. No se conoce un original del manuscrito del almirante, pero sí dos copias, la de fray Bartolomé de Las Casas y la que Fernando Colón (1488-1539), hijo de don Cristóbal, utilizó en su libro *Historia del Almirante*. El *Diario* es la primera historia del descubrimiento. El manuscrito de Las Casas, de su puño y letra, es un resumen, el más completo conocido. Se editó con el título de *Libro de la primera navegación*, introducción, estudio, transcripción y notas de Manuel Alvar; ambientación histórica y notas de Francisco Morales Padrón (Colección Tabula Americae, Testimonio Compañía Editorial, Madrid, 1984, 275 pp.); paralelamente a esta magnífica y erudita edición del gran maestro de la filología española y muy conocido americanista Alvar y del excelente historiador Morales Padrón, la editorial publicó, con el patronazgo del secretario general del Consejo de Europa, una edición facsimilar de primera calidad, en 980 ejemplares, de los cuales el de mi biblioteca es el número 967.

Desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII no se dejó de escribir la historia del Nuevo Mundo, vista naturalmente por los vencedores, por los conquistadores, pero todos ellos se ocuparon de tratar de entender la naturaleza americana en toda su extensión, el asombro de la nueva tierra —nueva para Europa y para el mundo ligado a Europa antes de América—, la presencia de las culturas indígenas y, claro está, toda la vida de una flora, una fauna y una riqueza sin precedentes. Historiadores generales de primera categoría, fuentes imprescindibles para hoy y para mañana, como Pedro Mártir de Anglería (1457-1526) y sus *Décadas del Nuevo Mundo* (1530), Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) y su *Historia General y Natural de las Indias* (1555), Bartolomé de Las Casas (1474-1566) y su *Historia de las Indias y conquista de México* (1552), y José de Acosta (1540-1600) y su *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590), para citar sólo las primeras; esta tarea se continuó con los cronistas oficiales de Indias, entre los que sobresale Antonio de Herrera (1559-1625) y su extensa *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano* (1601) en diez volúmenes y Antonio de Solís (1610-1686) con la *Historia de la conquista de México, población y progreso de la América Septentrional conocida con el nombre de Nueva España* (1684).

A esos historiadores generales habría que añadir a Juan Bautista Muñoz (1745-1803), quien publicó apenas el primer tomo de una *Historia del Nuevo*

*Mundo* (1793) que llega a 1500; ya era cronista de las Indias la Real Academia de la Historia, fundada en 1738. La obra de Muñoz debía enfrentar y superar, oficialmente, la *History of the Discovery and Sttlement of America* que el gran historiador inglés William Robertson (1721-1793) publicó en 1777. Pero Muñoz sólo tuvo tiempo para investigar, resumir y ordenar gran número de documentos que se conservan en la Real Academia de la Historia de Madrid, pasto de gran utilidad para los historiadores de hoy.

Enorme es el número de los historiadores de la España americana, de los reinos y provincias de las Indias, mientras formamos parte, los hispanoamericanos, del Estado español. Bernal Díaz del Castillo (1492-1581) es un clásico con su obra de cabecera para cualquier escritor de la lengua: *Verdadera Historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España* (1632). Solamente en Venezuela tenemos a nuestros clásicos fray Pedro de Aguado (1538-1589) con sus *Noticias* (editadas bajo el título de *Recopilación Historial de Venezuela*, por la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Serie Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, vols. 62 y 63, Caracas, 1963); fray Pedro Simón (1581-1623) con sus *Noticias Historiales de Venezuela* (edición de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, serie Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, vols. 66 y 67, Caracas, 1963); José de Oviedo y Baños (1671-1738) con su *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela* (Biblioteca de Autores Españoles, vol. 107, Historiadores de Indias, 3, Madrid, 1958); a quienes es lícito añadir, para completar el panorama provincial venezolano, a fray Antonio Caulín (1719-1802) con su *Historia de la Nueva Andalucía* (Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, vols. 81 y 82, Caracas, 1966); y al excelente escritor José Gumilla (1686-1750) y su *Orinoco Ilustrado y Defendido* (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Serie Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, vol. 68, Caracas, 1963).

Ahora bien, ese proceso historiográfico español, hispanoamericano, tiene su paralelo en Brasil y en Angloamérica, sin interrupción a partir de los procesos independentistas, cuando la historia se nacionaliza, se hace particular a cada una de las Repúblicas. Una visión global de la historia de América sólo se intenta en este siglo, con una primera pregunta: ¿Hay una historia común de América? Y esta otra: ¿Es posible estudiar en su conjunto, de manera general, la historia de los pueblos americanos, tan disímiles, tan separados, tan diferentes unos de otros antes del Descubrimiento, después del Descubrimiento y especialmente encontrados después de las independencias desde finales del siglo XVIII y comienzos del XIX?

En la ciudad de Panamá se realizó la denominada Primera Conferencia de Ministros y Directores de Educación de las Repúblicas Americanas entre el 27 de septiembre y el 4 de octubre de 1943. Se discutió allí el punto de la historia americana como asunto trascendente en la búsqueda de entendimiento y se aprobó la Resolución IV, por la cual se ordenaba un concurso para escribir un *Libro de Historia de América*. La resolución quedó en la buena voluntad de los señores ministros y directores. En México se llevó a cabo la Primera Reunión de Consulta de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, donde se planteó de nuevo el punto y se diseñó un Proyecto de Historia de Amé-

rica. Los planes y los métodos para esa obra quedaron fijados en la Segunda Reunión de esa Comisión, efectuada en Santiago de Chile en octubre de 1950. Nuevas reuniones de trabajo se celebraron en Washington (diciembre de 1952), La Habana (enero de 1953), México (octubre de 1954), Nueva York (noviembre de 1954), Washington (marzo de 1956 y diciembre de 1957), más tres coloquios patrocinados por la *American Historical Association*.

Todavía la discusión sobre un determinado texto de una Historia de América continuó en el Consejo Interamericano para la Educación, la Ciencia y la Cultura, uno de esos organismos anhelantes de comprensión y buscadores de unidad que han trotado de república en república, con representaciones, viáticos, diplomacia, retórica, resoluciones y papeles llenos de buenas intenciones. Esta vez en Lima, entre el 8 y el 12 de febrero de 1971, se acordó en la Resolución marcada CIECC 84-71 la preparación de una Historia General de las Naciones Americanas. En la Segunda Reunión de ese Consejo (Washington, 10-14 de mayo de 1971) se ratificó el instructivo. Y allí terminó la primera larga etapa de reuniones, resoluciones y estudios. El proyecto se entregó, con toda la documentación y la bibliografía producida, a la Dirección de Asuntos Culturales de la Organización de Estados Americanos, donde estaba como funcionario principal un caballero de nombre Javier Malagón Barceló (1911-1990), español enamorado de la historia de América y de Santo Domingo. Fue él quien, en su calidad de tal director, me nombró en 1973 director, con todos los poderes del caso, para pasar a la segunda etapa del proyecto: hacer redactar y publicar una *Historia General de América*. (La comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia tuvo su sede en Caracas desde 1974 a 1982, primero bajo la dirección de don Cristóbal L. Mendoza y luego bajo la mía; secretario de la misma, en los dos períodos, fue el historiador Santiago Gerardo Suárez y asesor don Carlos José del Castillo. En 1976 se publicó un minucioso informe titulado *El Proyecto de Historia General de América (Antecedentes y Perspectivas)*, organizado por Suárez).

El resultado práctico de la extensa e intensa meditación sobre el proyecto de una *Historia de América* —con la presencia de historiadores, antropólogos, arqueólogos y en general escritores y pensadores del más alto relieve de todo el continente— se plasmó en tres libros de coordinaciones, diecinueve programas y treinta artículos. Ese plan mostró la periodificación clásica, unas metodologías, la bibliografía posible y un determinado camino a seguir.

Las coordinaciones, publicadas en español y en inglés, son éstas:

1. Pedro Armillas: *Programa de Historia de América - Período Indígena*, (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia), México, D.F., 1963.
2. Silvio Zavala: *El Período Colonial en la Historia del Nuevo Mundo*, México, D.F., 1962.
3. Charles Griffin: *El Período Nacional en la Historia del Nuevo Mundo* (versión castellana de Emilia Romero de Valle), México, D.F., 1962.

En los años sesenta se publicó el Programa de Historia de América, en las tres series determinadas por las Coordinaciones. Por la simple enumeración de los títulos se comprenderá el objetivo, indicar, en cada caso, un curso hipotético, de acuerdo con la concepción de cada autor, más el señalamiento de una bibliografía relativa a cada región y período:

*Período Indígena*, coordinado por Pedro Armillas:

1. *Origins* (1953), por Hannah M. Wormington (EE.UU.).
  2. *Arctic Area* (1954), por Henry B. Collins (EE.UU.).
  3. *United States and Canada* (1953), por James B. Griffin (EE.UU.).
  4. *Mesoamérica* (1953), por Ignacio Bernal (México).
  5. *Zona circuncaribe* (1953), por Miguel Acosta Saignes (Venezuela).
  6. *Colombia* (1953), por Gerardo Reichel-Dolmatoff (Colombia).
  7. *Guayanas* (1953), por Irving Rouse (EE.UU.).
  8. *Brasil* (1953), por Emilio Williams (Brasil).
  9. *Altiplano andino* (1953), por Luis E. Valcárcel (Perú).
  10. *Región del Plata* (1954), por Fernando Márquez Miranda (Argentina).
- 4 y 6. *Mesoamérica y Colombia* (suplementos) (1953), por Ignacio Bernal (México) y Gerardo Reichel-Dolmatoff (Colombia).

*Período Colonial*, coordinado por Silvio Zavala:

1. *Brasil* (1953), por José Honorio Rodríguez (Brasil).
2. *Suramérica* (1953), por Mariano Picón Salas (Venezuela).
3. *Hispanoamérica septentrional y media* (1953), por Silvio Zavala (México).
4. *United States* (1953), por Max Savelle (EE.UU.).
5. *Précédents médiévaux de la colonie en Amérique* (1954), por Charles Verlinden (Bélgica).

*Período Nacional*, coordinado por Charles C. Griffin:

1. *Brasil* (1956), por Américo Jacobina Lacombe (Brasil).
2. *América del Sur: Perú, Bolivia, Paraguay, Argentina, Chile* (1956), por Eugenio Pereira Salas (Chile).

3. *México, Centroamérica y Antillas* (1953), por María del Carmen Velázquez (México).
4. *America Since 1763. A Survey of its History* (1955), por John W. Caughey (EE.UU.).

Sobre esas bases, echadas por toda una generación de historiadores, escritores y especialistas, la tarea de descifrar el quehacer vivo y muerto de los pueblos americanos, desde la antigüedad indígena hasta la contemporaneidad, era sólo cuestión de voluntad y trabajo. Y algún respaldo naturalmente, obtenido en la propia Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, en la Dirección de Asuntos Culturales de la OEA, y también en mi país, parte de esa Historia, con la Universidad Simón Bolívar, que me dio el tiempo, y la Academia Nacional de la Historia que puso y pone su alto nombre. El Estado venezolano contribuye, con la primera edición en español, para que la Historia General de América sea una realidad de treinta y siete volúmenes, escritos por 96 colaboradores.

Se mantuvo, por razones metodológicas, la periodificación clásica: Indígena, Colonial, Nacional. Tengo especiales puntos de vista respecto a las diferencias *coloniales*, principalmente frente al proceso hispanoamericano, que no vienen al caso aquí. Mi trabajo consiste en mantener la dirección; cada autor tiene su manera de matar pulgas, quiero decir, sus conocimientos, su formación académica y su responsabilidad intelectual. Cuando se echen cuentas y cuentos sobre este trabajo histórico se pondrán de relieve nombres y experiencias. Al final, estarán los coordinadores que hicieron fértil la tierra histórica: Mario Sanoja (Venezuela), Ricardo Zorraquín Becú (Argentina), J. C. M. Ogelsby (Canadá), coordinadores de cada uno de los períodos, Max Savelle (1896-1979) de Estados Unidos, quien no se quiso morir sin terminar los capítulos que le correspondieron y la coordinación del Colonial Americano; y Manuel Nunes Días, del Brasil.

Para comprender, pues, semejanzas y diferencias, similitudes y discrepancias, pero también el posible hilo conductor de la vida histórica americana, podrán acudir universitarios y maestros de escuela, periodistas y políticos, o cualquier hijo de vecino a este alegato, a la Historia General de América que está terminada de escribir en este año tan señalado de 1992, fin y principio de una historia indeleble, la Historia de América, diez volúmenes para el Período Indígena, once volúmenes para el Colonial y quince volúmenes para el Nacional, toda la historia de más allá de quinientos años.

ESTADO DE LA HISTORIA GENERAL DE AMERICA,  
BAJO LA DIRECCION DE GUILLERMO MORON,  
PARA EL 1° DE ENERO DE 1992

- Vol. 1. *Introducciones y Coordinaciones*, Período Indígena, Período Colonial y Período Nacional.  
Guillermo Morón, J. C. M. Ogelsby, Mario Sanoja y Ricardo Zorraquín Becú.  
(En proceso de redacción).

I. PERÍODO INDÍGENA

- Vol. 2-I. *Los Primeros Poblamientos de Sudamérica: Comunidades Primitivas de Cazadores Recolectores*.  
Luis Felipe Bate. Caracas, 1983, 395 pp.
- Vol. 2-II. *Comunidades Primitivas de Cazadores Recolectores en Sudamérica*.  
Luis Felipe Bate. Caracas, 1983, 275 pp.
- Vol. 3. *De la Recolección a la Agricultura: Síntesis de la historia prehispánica de Brasil, Colombia, Las Guayanas, Las Antillas y Centroamérica*.  
Mario Sanoja. Caracas, 1983, 296 pp.
- Vol. 4. *Las Sociedades Nucleares de Suramérica*.  
Luis Guillermo Lumbreras. Caracas, 1983, 429 pp.
- Vol. 5. *Etapa Lítica en Norte y Centroamérica. Sobre los Orígenes del Hombre Americano*.  
José Luis Lorenzo. Caracas, 1987, 432 pp.
- Vol. 6. *Las Sociedades Nucleares de Mesoamérica*.  
Thomas Patterson. (Ilustrándose para su publicación).
- Vol. 7. *Las Sociedades No Nucleares de Norteamérica: La Gran Chichimeca*.  
Charles Di Peso. Prólogo de Mario Sanoja. Caracas, 1983, 248 pp.
- Vol. 8. *Las Sociedades No Nucleares de Norteamérica: Llanuras, Praderas y el Este*.  
Melvin Fowler. Caracas, 1988, 285 pp.
- Vol. 9. *Las Sociedades No Nucleares de Norteamérica: Artico, Sub-Artico y Mesetas*.  
Anatolí Derevianko. (Escribiéndose).
- Vol. 10. *Panorama General de las Lenguas Indígenas de América*.  
Lyle Campbell y Ernest Migliazza. Caracas, 1987, 456 pp.

II. PERÍODO COLONIAL

- Vol. 11. *Hispanoamérica I*.  
Edberto Oscar Acevedo, Pedro Cunill Grau, Ernesto de la Torre Villar, Laurio H. Destéfano, Teófanos Egido, Guillermo Lohmann Villena, Jorge Luján Muñoz, Francisco Morales Padrón y Demetrio Ramos Pérez. Caracas, 1987, 485 pp.
- Vol. 12. *Hispanoamérica II*.  
Edberto Oscar Acevedo, Carlos E. Corona Baratech, Ernesto de la Torre Villar, Guillermo Lohmann Villena, Jorge Luján Muñoz, Jesse Noel, Demetrio Ramos Pérez y Angel Sanz Tapia. Caracas, 1987, 328 pp.
- Vol. 13. *Hispanoamérica III*.  
Lino Gómez Canedo, Santiago Lasosa, Ismael Sánchez Bella, Santiago Gerardo Suárez y Ricardo Zorraquín Becú. Caracas, 1987, 408 pp.

- Vol. 14. *Hispanoamérica IV.*  
Miguel Acosta Saignes, Gastón Gabriel Doucet, Magnus Morner, Demetrio Ramos Pérez y Angel Santos. Caracas, 1987, 320 pp.
- Vol. 15. *Hispanoamérica V.*  
Eduardo Arcila Farías, Horacio Juan Cuccorese, François Chevalier, María Luisa Martínez de Salinas Alonso, Ciro Flamarión Santana Cardozo y Angel Sanz Tapia. Caracas, 1988, 250 pp.
- Vol. 16. *Hispanoamérica VI.*  
Bernardino Bravo Lira, Carlos Felice Cardot, José Agustín de la Puente Candamo, María Concepción García Saíz, Nelson Martínez Díaz, Demetrio Ramos Pérez, Mario Germán Romero, Víctor Tau Anzoátegui y Ricardo Zorraquín Becú. Caracas, 1989, 396 pp.
- Vol. 17. *Brasil I.*  
Pedro Brasil Bandechi, Manuel Nunes Días, Odilón Nogueira de Matos, Antonio Rocha Penteado y Sonia Aparecida de Siqueira. Caracas, 1990, 350 pp.
- Vol. 18. *Brasil II.*  
Manuel Nunes Días, Laima Mesgravis, Virgilio Noya Pinto y Arthur Cezar Ferreira Reis. Caracas, 1989, 320 pp.
- Vol. 19. *Brasil III.*  
Américo Jacobina Lacombe y Alvaro Teixeira Soares. Caracas, 1990, 250 pp.
- Vol. 20. *Angloamérica I.*  
Jack P. Greene, John J. McCusker, Javier Malagón, Max Savelle, John Shy y Darol Wax. Caracas, 1987, 364 pp.
- Vol. 21. *Angloamérica II.*  
José Igartúa, Sidney V. James, Max Savelle, Joseph H. Smith y Louis B. Wright. Caracas, 1987, 328 pp.

## III. PERÍODO NACIONAL

- Vol. 22-I. *La Independencia en Hispanoamérica.*  
José Agustín de la Puente Candamo. Caracas, 1991, 360 pp.
- Vol. 22-II. *Bolívar.*  
Augusto Mijares. (En prensa).
- Vol. 22-III. *San Martín.*  
Carlos Ferro. (Escribiéndose).
- Vol. 22-IV. *Washington (\*).*  
(\*). Aún no se tiene autor ni texto elegido; se agrega en razón de rendir homenaje a los Libertadores de América.
- Vol. 23. *La Vida Política en Hispanoamérica.*  
María del Carmen Velázquez. Caracas, 1987, 344 pp.
- Vol. 24. *La Vida Social en Hispanoamérica.*  
John Kicza. (Traduciéndose al castellano).
- Vol. 25. *La Vida Económica en Hispanoamérica.*  
Domingo Felipe Maza Zavala. (Ilustrándose para su publicación).
- Vol. 26. *La Vida Intelectual y Cultural en Hispanoamérica.*  
Luis Castro, Walter Guido, Javier Ocampo López, Nelson Osorio, Alicia Patiño, Manuel Pérez Vila y Carlos Silva. (En preparación).

- Vol. 27. *Brasil I.*  
Tito Livio Ferreira, Raúl de Andrada e Silva, Vicente Tapajoz. (Ilustrándose para su publicación).
- Vol. 28. *Brasil II.*  
Odilón Nagueira de Matos, María Lucía de Sousa Rangel Ricci. (En prensa).
- Vol. 29. *La Vida Política en Angloamérica.*  
Kenneth McNaught. Caracas, 1988, 292 pp.
- Vol. 30. *La Vida Social en Angloamérica.*  
Bruno Ramírez. Caracas, 1988, 244 pp.
- Vol. 31. *Historia Económica en Angloamérica.*  
Roberth Gallman. (En prensa).
- Vol. 32. *Historia Intelectual y Cultural en Angloamérica desde 1789.*  
Clifford Clark. Caracas, 1991, 232 pp.
- Vol. 33. *El Caribe y las Relaciones Hemisféricas.*  
Graeme Mounth y J. C. M. Ogelsby. (En prensa).

## EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA EN EL BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Por ALÍ ENRIQUE LÓPEZ B.\*

La conmemoración del V Centenario del llamado "Descubrimiento de América" o "Encuentro de Dos Mundos" fue propicia para la edición de una extensa producción historiográfica a nivel mundial, apologética en la mayoría de los casos, crítica y controversial en cierto número de estudios. En Venezuela esas valoraciones estuvieron presentes, aunque fueron escasos los estudios sobre tan significativo hecho histórico, considerando las publicaciones realizadas en otros países iberoamericanos para testimoniar la importancia del medio milenio de la llegada de los españoles al continente americano.

Más bien en años anteriores, a través de libros y artículos en diversas publicaciones periódicas, en nuestro país hubo una mayor preocupación por el tema del "Descubrimiento de América", como es el caso del *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, en el cual existen, en sus 299 números, un total de 38 referencias directas, a través de artículos, conferencias, discursos, entrevistas, reseñas de libros y notas sueltas. Inicialmente, nuestro propósito era inventariar esas referencias a partir de sus respectivos autores, sin considerar sus contenidos y planteamientos, pero la lectura de las mismas determinó la necesidad de considerar algu-

---

\* Socio Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia en el Estado Mérida.